

## CELEBRACIÓN DEL LECTOR: UNA NUEVA EDICIÓN DE *ADÁN BUENOSAYRES*

**Mónica Bueno**

Universidad Nacional de Mar del Plata - CELEHIS

La aparición de una nueva edición de *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal es siempre un acontecimiento. Su primera novela aparece hoy en la colección Ediciones académicas de literatura argentina, siglos XIX y XX de la Editorial Corregidor. “El coleccionista tiene en su pasión una varita mágica que le hace descubrir fuentes nuevas” señala Walter Benjamin. María Rosa Lojo y Jorge Bracamonte, directora y codirector de la colección, exhiben esta pasión en la eficacia con la que muestran los objetos que seleccionan. La novela de Marechal es el tercer libro de la serie. *Cuentos* de Eduarda Mansilla y *Diario de viaje a Oriente (1850-1851)*, y *otras crónicas del viaje oriental*, de Lucio V. Mansilla son los títulos anteriores. El guiño de los directores está en los nombres propios y en la ubicación de Marechal, luego de los Mansilla. Es posible preguntarse: ¿qué canon está diseñando esta colección?

La edición está a cargo de Javier de Navascués que exhibe con seriedad y solvencia su saber marechaliano. La edición toma como base la última corregida por Marechal (la de la Editorial Sudamericana de 1966) pero, nos aclara el crítico en la Introducción, tiene en cuenta otros testimonios, ediciones y manuscritos. “Nos llegamos a encontrar con un número abrumador de variantes que fácilmente podía superar las cinco mil” nos dice Navascués. Selecciona, entonces, las variaciones que nos muestran las decisiones del escritor, que nos dejan ver, como en una fotografía, el punctum de la mano que escribe, tacha, imprime su delecture. Las notas a pie de página son el recorrido de ese segundo relato de una vida literaria. “Marechal era extraordinariamente meticuloso en la labor de escritura” nos cuenta Navascués y muestra las fuentes. Descubrimos así la figura del corrector Marechal sobre la letra del escritor.

De esta manera, el lector entra en el universo de la novela pero también en las decisiones de un autor, decisiones que no son otra cosa que las huellas de una vida puesta en obra y de una ética de escritura. El movimiento de cabeza que la lectura de esta edición nos propone tiene arriba, el universo de la ficción y por debajo, el mundo íntimo de la escritura.

Pero hay otra magia más que la edición ofrece, la descripción de ese manuscrito obsesivo de diez cuadernos con el que el “poeta depuesto” dará a su maltratada novela de 1948 una nueva visibilidad: “El material manejado han sido diez cuadernos de tapa dura, tamaño cuartilla” y más abajo, agrega Navascués: “Los cuadernos siempre están escritos en el haz de las hojas”. Todo refiere una escena de la vida del escritor. Luego de la Revolución Libertadora, Marechal entra en su exilio peculiar en el departamento de la calle Rivadavia. Durante diez años, casi no existirá. Sin quererlo, Marechal se transforma en una especie de asceta de la literatura, o mejor dicho, la literatura es, en ese momento de privilegio y clausura, como reclama Ricardo Piglia, una práctica arcaica, precaria, antieconómica. Una práctica pura, tolstoiana. Luego vendrá el gesto de Spivacow, la publicación del *Banquete*, la nota crítica de Tomás Eloy Martínez en *Primera Plana*, en definitiva, la puesta en marcha de la máquina social de la literatura.

En este sentido, la Introducción de esta edición le da al lector la guía necesaria para entender la colocación particular que Leopoldo Marechal tiene en la literatura argentina. Nos muestra como su criollismo, compartido en el origen vanguardista con el joven Borges, es, entonces, un programa estético que tiene en la redefinición dinámica del término su estrategia primera. El joven vanguardista tiene un programa “criollista” que es fundante de un lugar por venir, que siempre ve en el presente las siluetas inciertas de lo aún no acontecido.

El análisis de la Introducción es exhaustivo, decíamos, porque nos propone el itinerario crítico de la novela que puede describir alguien que la ha leído y analizado, que ha “rumiado” su forma una y otra vez. Así nos recuerda la penosa recepción de 1948 donde la crítica a la novela se mezcla peligrosamente con la inscripción política del autor. La voz disonante del joven Cortázar es el sonido de un lector “nuevo” y utópico.

Navascués nos muestra cómo Marechal resignifica las tradiciones propias y ajenas. Se trata de un modo “irreverente” para decirlo a la manera de Borges y que le otorga a la novela su forma particular. “Puede parecer enormemente paradójico, pero, en último extremo, todo es paradoja en *Adán Buenosayres*. El encadenamiento de antinomias que se enfrentan y se concilian resulta casi interminable” concluye la Introducción.

Distinguimos algunas de las notas que el lúcido análisis destaca. En primer lugar, el humor es descrito como un dispositivo que permite las perspectivas múltiples, la unión de contrarios. Se trata del “humorismo angélico” tal como el propio Marechal lo llama que constituye el “orden manso de la caridad”. La lectura de Navascués es lúcida, decíamos, porque le permite entender que la

mezcla es en Marechal el punto axial de su poética y conjeturar interesantes ideas: “Vistas las ideas marechalianas a la luz de la tradición intelectual de la que son deudoras, tal vez el humor tenga una relación directa con esa concepción 'vacía' del mal metafísico” aventura.

De la misma manera, el viaje, la categoría de personaje y las nociones de tiempo y espacio son algunos de los elementos que el crítico nos propone como matrices de interpretación y que le permiten, como señalábamos más arriba, conclusiones singulares. Así, por ejemplo, su análisis de la ciudad de Buenos Aires le lleva a decir: “Desde este punto de vista, Marechal no parece muy moderno, ni siquiera cuando se demora en pintar Buenos Aires desde lo alto”.

Otro momento sumamente interesante en la Introducción se da cuando el crítico aborda la forma de la novela y describe su estructura. Hay ahí otra hipótesis sumamente interesante acerca de lo “inenarrable”: “Una de las paradojas más sobresalientes de Adán Buenosayres” es que, siento todo él un monumento barroco al horror vacuú, su arquitectura se sostenga sobre una serie de elipsis fundamentales”.

Una última reflexión que apunta, en verdad, a nuestra propia labor crítica. Se trata de una nota a pie de página donde la pregunta es una especie de acicate: “¿Por qué no plantear, por ejemplo, la analogía entre la transmutación literaria de Aquella y el móvil central de la literatura de Macedonio Fernández?” Nos muestra la falta: Macedonio y Marechal reclaman una lectura que diseñe el diálogo de sus novelas.

Celebramos, entonces, esta nueva edición de *Adán Buenosayres*.